

LA CATEDRAL¹

Vicente Blasco Ibáñez, 1903

I

Procedente de Madrid, Gabriel Luna llega a Toledo y se hospeda “en un cuartucho de la Posada de la Sangre —el antiguo Mesón del Sevillano, habitado por Cervantes”. Antes de amanecer, deja la posada. “Le quitaba el sueño verse en su tierra después de tantos años de aventuras y miserias”. Se dirige a la catedral, “la iglesia madre española, ahogada por el caserío que se arremolina y empuja en torno de ella, por el oleaje de apretados edificios que la rodean y parecen caer sobre sus flancos adhiriéndose a ellos” [5]. Gabriel la considera “el más hermoso y alegre de los templos” [10].

“El primer cuerpo de la fachada estaba rasgado por el centro por la puerta del Perdón, única fachada de la iglesia que ofrece un aspecto monumental [...] A un lado, la puerta llamada de la Torre; al otro, la de los Escribanos” [6]. Gabriel repasa minuciosamente la fachada, expresando su disgusto por la irrupción extemporánea de doce apóstoles renacentistas: “La riqueza de la iglesia fue un mal para el arte. En un templo pobre se hubiese conservado la uniformidad de la fachada antigua. Pero cuando los arzobispos de Toledo [no sabían] qué hacer del dinero, se hacían reconstrucciones, y el arte decadente paría mamarrachos como la cena” [7].

En el interior, Gabriel contempla los frescos de Bayeu y Maella. Pero a quien viene buscando es a su hermano Esteban: “Seis años iban transcurridos desde que Gabriel le vio por última vez” [11]. El encuentro es emotivo. Gabriel cuenta: “He estado en muchos sitios, en Francia, en Bélgica, siempre luchando con el hambre y con la crueldad de los hombres. Me siguen los pasos la miseria y la policía. El mundo es grande, mas para mí y otros rebeldes como yo se achica” [13].

Esteban, el *Vara de palo* de la catedral, el silenciario cuya misión es cuidar del silencio o la quietud del templo, le reprocha con cariño: “¡Ah, hermano! ¿De qué te ha servido tanto leer periódicos y libros? ¿Para qué ese deseo de arreglar lo que está bien, o si está mal no tiene arreglo posible? ¡Maldito talento que a tales miserias conduce! Algo me escamaba leer tu nombre con tanta frecuencia en los periódicos, unido a esos *metinges* en los que se pide el reparto de todo, la muerte de la religión y la familia” [14]. “Después vino lo de las bombas [...], de vez en cuando fusilamientos en el foso del castillo, y yo buscaba en los papeles los nombres de los sentenciados esperando [mejor temiendo] encontrar el tuyo. Corrían rumores de tormentos horribles que se hacían sufrir a los presos para que cantasen, y pensaba en ti, creyendo que cualquier mañana te encontrarían muerto en el calabozo [...] ¡Un Luna mezclado entre la gentuza infernal que quiere destruir el mundo! [14] Meses después supe que a ti y a otros os habían metido en un barco, con orden de no volver más a España” [15].

Sintiendo cercana la muerte, Gabriel abomina su vida rebelde y busca la serenidad del claustro [16]: “Voy a morir y me creo con derecho al descanso por unos meses. Quiero gustar por primera vez en mi vida la dulzura del silencio, de la inmovilidad, del incógnito. Anticipar la muerte; ser un cadáver que respira y come, pero que no piensa ni sufre, ni se entusiasma”. El *Vara de palo* le responde: “Aquí

¹ Los números entre corchetes hacen referencia a la página en la edición de Thule 2003.

sanarás esa cabeza enferma que parece la de don Quijote. ¿Qué te importa a ti que el mundo esté mejor o peor arreglado? Así lo encontramos, y así será siempre. Lo que importa es vivir cristianamente, con la certeza de que la otra vida será mejor, ya que es obra de Dios y no de los hombres” [16].

A través del diálogo entre los dos hermanos, el autor ha dado su visión de la *vida* y la filosofía de la “tribu semieclesiástica”. Intercala en su paseo menciones a la Campana Gorda, al arco del Arzobispo y una descripción del claustro de Claverías, “una obra provisional de tres siglos antes, que había quedado para siempre en tal estado” [17].

Esteban Luna comparte su casa con “don Luis, el maestro de capilla, al que tienen por un loco en la catedral y vive como un ángel” [18]. Don Luis se alegra de conocer a Gabriel: “Seremos amigos. ¡Cuánto le envidio por haber corrido el mundo!” [22]. Había en él cierta desenvoltura profana que detectaba al artista sepultado en los hábitos sacerdotales, ansioso por volar fuera de ellos” [23].

Gabriel despierta con un estremecimiento nervioso que le hace “saltar del sofá. Era el hábito de la intranquilidad contraído en los oscuros calabozos, cuando esperaba a todas horas ver abrirse la puerta para ser apaleado o conducido al cuadro de ejecución ante la doble fila de fusiles” [24]. Lo conmueve el “silencio augusto” de la “hermosa sepultura, aquella verruga de siete siglos, formada por poderes políticos que murieron y por una fe agonizante. En plena época de descreimiento, la iglesia le serviría de asilo” [25]. Gabriel se acoge a “la catedral como un náufrago agarra un resto del buque, próximo ya a ahogarse” [26].

II

“Los Luna eran tan antiguos como los cimientos de la iglesia. Cuando el ilustre Cisneros aún no había construido las Claverías, los Luna vivían en las casas inmediatas. A nadie pertenecía la catedral con mejor derecho que a ellos [27]. Con la satisfacción de un duque que cuenta sus ascendientes, el señor Esteban remontaba la cadena de los Luna hasta perderse en el siglo XV” [28]. El autor repasa el primer tercio del siglo XIX. “Las empecatadas² Cortes, decretando la abolición de los señoríos, habían cercenado las cuantiosas rentas de la catedral, adquiridas en los siglos en que los arzobispos de Toledo se calaban el casco y andaban con los moros a golpes de mandoble. Aun así, le restaba una fortuna considerable a la Iglesia Primada, y mantenía su esplendor como si nada hubiese ocurrido. Pero el señor Esteban husmeaba el peligro desde el fondo de su jardín [28] ¿Qué iba a ser de las seiscientas personas, entre grandes y chicos, clérigos y seglares, dignidades y simples empleados, que comían de las rentas de la catedral? Cuando Mendizábal decretó la desamortización³, el señor Esteban creyó morir de rabia. Todos los días tomaba un disgusto al saber que, por cantidades irrisorias, algunos moderados iban adquiriendo hoy una casa, mañana un cigarral, al otro una dehesa, fincas todas pertenecientes a la Primada, que habían pasado a figurar en los llamados bienes nacionales [30/31]. *El gobierno de Madrid* –había que ver con qué expresión de desprecio subrayaba estas palabras- andaba en tratos con el Santo Padre para arreglar una cosa llamada Concordato” [32].

“Próximo ya a la vejez, [Esteban] había tenido su tercer hijo, Gabriel, un pequeñuelo que a los cuatro años llamaba la atención de las mujeres de las

² Muy malas, incorregibles.

³ En 1835 se aprobó la Ley de Exclaustración Eclesiástica por la que se suprimían todos los conventos en los que no hubiera al menos doce religiosos profesos. Meses después, Juan Álvarez Mendizábal, presidente del Consejo de Ministros, decretó la supresión de todos los monasterios de órdenes monacales y militares, siendo vendidos los bienes inmuebles de estos monasterios.

Claverías. El coro de halagos y alabanzas rodeaba desde sus primeros años al niño como una nube de incienso. La familia vivía para él” [34].

Esteban solía llevar a su hermano menor, Gabriel, al departamento de los gigantones, donde se pudrían “los héroes de las antiguas fiestas: el Cid gigantesco, con su espadón, y las cuatro parejas representando otras tantas partes del mundo, enormes figurones que habían alegrado las calles de Toledo. En un rincón estaba la Tarasca, que abría sus fauces asustando a Gabriel, mientras sobre su lomo rugoso giraba locamente una muñeca desmelenada e impúdica, que la religiosidad de otros tiempos había bautizado con el nombre de Ana Bolena” [35].

“Cuando Gabriel fue a la escuela, todos se asombraron de sus progresos. Después de oírle [el cardenal] le dio la esperanza de ocupar una beca para que hiciese gratuitamente sus estudios en el Seminario. La vida de Gabriel en el Seminario fue la existencia monótona y vulgar del estudiante laborioso: triunfos en las controversias teológicas, premios a granel y el honor de ser presentado a sus compañeros como modelo. Humanidades, teología, cánones, todo lo vencía aquel jovencuelo con extraordinaria ligereza” [36].

“–Le llama el púlpito –decían en el jardín de la catedral–. Siente el fuego de los apóstoles. Tal vez será un San Bernardo o un Bossuet” [37]. “Uno de los estudios que más apasionaban a Gabriel era el de la historia de la catedral. Pero no la admiraba a ciegas, como todos los suyos: quería saber el *por qué* y el *cómo* de las cosas, comprobar en los libros las noticias vagas oídas a sus padres con más carácter de leyenda que de hechos históricos. Los arzobispos de Toledo, santos, guerreros, escritores, príncipes, habían sido en ciertas épocas los verdaderos monarcas de España. Los reyes godos en su corte no eran más que figuras decorativas. La nación era una República teocrática, y el verdadero jefe el arzobispo de Toledo” [37].

“Gabriel [los] dividía y agrupaba por caracteres. Primeramente los santos, los propagandistas de la edad heroica del cristianismo, obispos fugitivos de la persecución romana que entregaban su cabeza al verdugo con el afán de dar nuevo prestigio a la doctrina por el sacrificio de la existencia: San Eugenio, Melancio, Pelagio, Patruno [...] Luego venían los arzobispos de la época goda. El milagro les acompañaba para confundir a los arrianos; el prodigio celeste estaba a sus órdenes para asombrar a los rudos hombres de guerra. El arzobispo Montano, que vive con su mujer, pone carbones encendidos entre sus vestiduras mientras dice la misa y no se quema, demostrando con este milagro la pureza de su vida. San Ildelfonso hace que se le aparezca Santa Leocadia, dejando entre sus dedos un pedazo de manto, y goza el honor de que la misma Virgen descienda del cielo para ponerle una casulla bordada por sus manos” [37]. “Benito, por no ser menos que sus antecesores, hace que la Virgen le baje otra casulla en una iglesia de su país [Francia] antes de venir a Toledo” [38].

“Los únicos libros que se producen en tal época son escritos por los prelados de Toledo. Ellos compilan las leyes, ellos ungen con el óleo santo la cabeza de los monarcas, ellos improvisan rey a Wamba, conspiran contra la vida de Egica, y los concilios reunidos en la basílica de Santa Leocadia son asambleas políticas en las que la mitra está sobre el trono y la corona del rey a los pies del prelado” [38].

“Al sobrevenir la invasión sarracena [...] los obispos católicos son respetados por los moros, lo mismo que los rabinos hebreos. Todas las iglesias de Toledo siguen en poder de los cristianos Muzárabes⁴, a excepción de la catedral, que se convierte en mezquita mayor [...] A San Eulogio lo martirizan y matan los moros en Córdoba por su excesivo entusiasmo religioso” [38].

⁴ Se llama mozárabe a la población cristiana que vivió en Al-Andalus durante la dominación árabe.

En el siglo XI llegaban con Alfonso VI⁵ “los arzobispos guerreros, los prelados de cota de malla y hacha de dos filos [...] que creían no servir a Dios si en el año no añadían algunas aldeas y montes a los bienes de la Iglesia. A la piadosa tolerancia de los anteriores obispos, acostumbrados al trato con árabes y judíos en la amplia libertad del culto Muzárabe, sucedía la feroz intransigencia del cristiano conquistador. La mezquita mayor sigue en poder de los moros, por pacto solemne del rey. Pero el arzobispo don Bernardo, apenas se ve en la silla de Toledo, aprovecha la ausencia de Alfonso VI para violar sus compromisos. Se apodera de la voluntad de la reina, la hace cómplice de sus planes, y una noche, seguido de clérigos y obreros, derriba las puertas de la mezquita, la limpia, la purifica y por la mañana, cuando acuden los sarracenos a [orar] la encuentran convertida en catedral católica. Alfonso VI viene sobre Toledo dispuesto a matar al arzobispo y aun a su propia mujer por este atentado, pero el alfaquí Abu-Walid sale a su encuentro para pedirle que respete lo hecho, ya que los perjudicados se conforman” [38/39].

“Gabriel alababa la prudencia y tolerancia del buen moro; pero aún admiraba más, con entusiasmo de seminarista, a aquellos prelados fieros, intransigentes y batalladores que atropellaban leyes y pueblos para mayor gloria de Dios” [39].

“El arzobispo don Martín es capitán general contra los moros de Andalucía, conquista villas y acompaña a Alfonso VIII en la batalla de Alarcos. El prelado don Rodrigo escribe la crónica de España llenándola de prodigios para mayor prosperidad de la Iglesia, y hace historia pasando más tiempo sobre su caballo de guerra que en su silla del coro. En la batalla de las Navas da el ejemplo metiéndose en lo más recio de la pelea, por lo que el rey le da el señorío de veinte lugares y el de Talavera de la Reina. Luego, el belicoso arzobispo echa a los moros de Quesada y de Cazorla y se apodera de vastos territorios, que pasan a ser territorio suyo con el título de *Adelantamiento*. Don Sancho, hijo de don Jaime de Aragón, estima en más su título de caudillo que la mitra de Toledo. En los campos de Martos se mete en lo más fuerte del combate y cae muerto por la morisma, que le corta las manos y pone su cabeza en una pica” [39/40].

Continúa Blasco relatando las hazañas del cardenal don Gil de Albornoz, don Gutierre III, don Alfonso de Acuña, el cardenal Mendoza y Jiménez de Cisneros. “El seminarista admiraba a estos hombres [y] se asombraba de que en los tiempos presentes fuesen tan ciegos los españoles que no confiaran su dirección y gobierno a los arzobispos de Toledo” [40].

“Detrás de las águilas venían las aves de corral. Después de los prelados de morrión de hierro y cota de malla desfilaban los prelados ricos y fastuosos, que no reñían otros combates que los pleitos, litigando con villas, gremios y particulares, para mantener la inmensa fortuna amasada por sus antecesores. Los que eran generosos como Tavera levantaban palacios y protegían al Greco, a Berruguete y otros artistas creando en Toledo un Renacimiento, eco del de Italia⁶; los avarientos como Quiroga [se convertían] en prestamistas de los reyes, dando millones de ducados a aquellos monarcas austriacos, en cuyos inmensos dominios no se ponía el sol, pero que se veían obligados a mendigar apenas retrasaban su viaje los galeones de América” [40].

⁵ Alfonso VI, llamado “el Bravo”, fue rey de León desde 1065 hasta 1109, y de Galicia y de Castilla desde 1072 hasta 1109, año de su fallecimiento en Toledo. Según la leyenda, en 1072 fue obligado por el Cid a jurar en la iglesia de Santa Gadea, de Burgos, que no había tenido que ver en la muerte de su hermano Sancho II de Castilla.

⁶ Doménikos Theotokópoulos, el Greco, pintor, 1541-1614. Alonso González de Berruguete, escultor y pintor, 1490-1561. Ambos trabajaron y murieron en Toledo.

“La gestación de la gigante había durado cerca de tres siglos”⁷. Descripción arquitectónica de la catedral, detallando su evolución en el tiempo: la base grosera de sus pilastras, la exuberante frondosidad de los capiteles, la magnificencia de sus ojivas multicolores. “La puerta del Reloj, llamada también de la Feria, con sus rudas esculturas de hierática rigidez, contrastaba con la puerta del otro extremo del crucero, la de los Leones, o, por otro nombre, de la Alegría, construida doscientos años después [revela] ya las carnales audacias del Renacimiento. Una sirena desnuda sirve de llamador” [41].

“Gabriel veía en la catedral la dulce oración petrificada, subiendo recta al cielo [...] La arquitectura árabe extiende sus graciosos arcos de herradura en el triforium que corre por todo el ábside tras el altar mayor, siendo obra de Cisneros, que quemaba los libros de los musulmanes y restablecía su estilo arquitectónico en pleno templo cristiano. El estilo plateresco mostraba su gracia juguetona en la portada del claustro, y hasta el arte churrigueresco tenía la mejor de sus muestras en el famoso transparente de Tomé, que rompe la bóveda detrás del altar mayor para dar luz al ábside. Tras la cerrada puerta de la capilla de los Reyes estaban los monarcas de Castilla, haciendo oración con la espada al cinto. En la capilla de Santiago, el santo, vestido de peregrino, con la cuchilla en alto, atropellaba con su caballo a la morisma” [42].

Mención a la capilla de los Luna, don Álvaro y su mujer, doña Juana Pimentel” [43].

En la capilla de San Ildefonso estaba la tumba del cardenal Albornoz, siendo “lo que más excitaba la admiración de Gabriel la figura novelesca de aquel prelado guerrero, español por su nacimiento e italiano por sus conquistas. Su cadáver había sido conducido desde Italia a España, entre rezos y cánticos, llevado a hombros por poblaciones enteras que salían al camino para ganar las indulgencias concedidas por el Papa. Don Gil de Albornoz⁸ era la espada del apóstol que volvía al mundo para imponer la fe. Huyendo de don Pedro el Cruel⁹, se había refugiado en Aviñón¹⁰, donde vivían [...] los papas arrojados de Roma por un pueblo que soñaba restaurar la República de los Cónsules. Don Gil llevaba la cota de malla bajo la capa, como buen arzobispo de Toledo, y a falta de moros quiso matar herejes. Partió a Italia como caudillo de la Iglesia: los aventureros de Europa y los bandidos del país formaron su ejército. Mató e incendió en los campos, entró a saco en ciudades a nombre de su señor el Pontífice, y al poco tiempo los desterrados de Aviñón podían ocupar de nuevo su trono en Roma” [43/44].

Tanto como la fiereza de Albornoz, “Gabriel admiraba las verjas del altar mayor, maravillosa obra de Villalpando”¹¹. Descripción del altar mayor y de “la enorme imagen de San Cristóbal; una pintura al fresco tan mala como imponente; un monigote que ocupaba todo un lienzo del muro, desde el zócalo hasta la cornisa” [44/45].

“Gabriel recordaba las luchas en tiempos de Alfonso VI entre la liturgia romana y la de Toledo, el culto extraño y el nacional. Los creyentes, para acabar con la eterna disputa, habían apelado al «juicio de Dios». El rey nombró el campeón de Roma, y los toledanos confiaron la defensa del rito gótico a la espada de Juan Ruiz. Triunfó

⁷ Su construcción se inició en 1226 bajo el reinado de Fernando III el Santo y se dio por concluida en 1493, bajo los Reyes Católicos.

⁸ Gil Álvarez de Albornoz fue arzobispo de Toledo entre 1338 y 1350 y cardenal de la Iglesia católica entre 1350 y 1356. Murió en Viterbo, Italia, en 1367. Gregorio XI concedió indulgencia plenaria a quien colaborase en el traslado de sus restos a Toledo.

⁹ Rey de España desde 1350 hasta su asesinato en 1369. Sus partidarios le llamaron “el Justo”.

¹⁰ Entre 1309 y 1377 siete obispos de Roma hubieron de residir en la ciudad francesa de Aviñón.

¹¹ Francisco Corral de Villalpando, 1510-1561, arquitecto y rejero. Dejó inconcluso el guarnecido de bronce y hierro de la Puerta de los Leones.

en el combate el breviario gótico, demostrando su superioridad con magníficas cuchilladas; pero aun después de manifestarse por este medio la voluntad de Dios, el rito romano fue poco a poco enseñoreándose del culto hasta dejar el Muzárabe arrinconado en una capilla como una curiosidad del pasado” [45/46].

Gabriel contrasta la sobriedad de la parte alta “con la riqueza de la capilla del Ochavo, llena de reliquias en vasos de oro y arquillas de esmalte y marfil; con la magnificencia del Tesoro, que amontona las perlas y las esmeraldas con tanta profusión como si fuesen guijarros; con la elegante abundancia del guardarropa” [48].

III

“Eran los tiempos de la revolución de Septiembre¹². La España tradicional y sana, la de los grandes recuerdos históricos, se venía abajo, las Cortes Constituyentes eran un respiradero del infierno para las negras sotanas. Por cada satisfacción que les proporcionaba un discurso de Manterola¹³, sufrían disgustos de muerte leyendo las palabras de los revolucionarios. La gente clerical volvía sus miradas a don Carlos, que comenzaba la guerra en las provincias del Norte. Pero transcurrirían los años y la causa de Dios no adelantaba gran cosa. El cielo estaba sordo [...] Gabriel vivía en un estado de belicosa excitación. Con frecuencia desaparecían alumnos del Seminario, y los catedráticos contestaban con un guiño malicioso a las preguntas de los curiosos: —Están «allá»... con los buenos” [49].

“En ciertas ciudades la muchedumbre revolucionaria invadía los templos, profanándolos. Los ministros de Dios no podían salir a la calle con traje talas sin riesgo de ser silbados e insultados”. Una noche, Gabriel y el hijo del campanero se escaparon del Seminario para ir a servir a la causa de Dios y el rey. “Le habían hecho oficial, en atención a sus estudios. Luna gustaba de la existencia libre y sin leyes de la guerra, pero no podía ocultar la decepción que le producía la vista de aquellos ejércitos de la Fe [...], gentes que a la vista del vino, de las hembras o de la riqueza se desbandaban, atropellando a sus jefes” [50]. Era la antigua vida de horda que surgía en plena civilización; la atávica costumbre de robar el pan y la mujer ajena con las armas en la mano. Eran aventureros que querían la guerra por la guerra. Entusiastas, escépticos e ignorantes, todos sentían por igual el deseo de resarcirse de las privaciones. Al entrar en los pueblos gritaban: «¡Viva la religión!», pero a la más leve contrariedad, los combatientes de la Fe se hacían esto y aquello en Dios y en todos los santos. Habitado a esta vida errante, [Gabriel] No se escandalizaba. Los antiguos escrúpulos de seminarista desaparecían ahogados bajo la corteza de hombre de horda” [51].

“Doña Blanca, la cuñada del «rey», se puso a la cabeza de aquellas tribus armadas que resucitaban en el centro de la Península las luchas de los tiempos casi prehistóricos. La heroína servía de bandera a los batallones de zuavos, aventureros franceses, alemanes e italianos, detritus de todas las guerras del globo, que encontraban más grato seguir a una hembra ganosa de notoriedad que engancharse a la Legión extranjera de Argelia” [51].

La batalla de Cuenca fue la “única victoria de la campaña”. Las puertas de los edificios caían a culatazos. Salían hombres despavoridos en mitad del arroyo

¹² Revolución de 1868, llamada también la Gloriosa y la Septembrina. Sublevación militar, apoyada por el pueblo que provocó el derrocamiento y exilio de Isabel II y el comienzo del Sexenio Democrático (1868-1874), periodo que comprendió la monarquía parlamentaria bajo reinado de Amadeo de Saboya (1871-1873) y la Primera República (1873-1874).

¹³ Vicente Manterola (1833-1891) fue un sacerdote, diputado y escritor que practicó la enseñanza en el Seminario de Toledo. Sus discursos en el Congreso, contrarios a la Constitución, se consideran una obra maestra de la oratoria parlamentaria.

atravesados por las bayonetas; dentro de las casas veíanse mujeres desgredadas debatiéndose entre los brazos de los asaltantes, arañándoles con una mano el rostro, mientras con la otra pugnaban por sostener sus ropas. Luna vio cómo en el Instituto rompían a culatazos los aparatos del gabinete de Física y machacaban con los pies las primeras pilas de electricidad. El seminarista contemplaba satisfecho esta destrucción. Él también odiaba las ciencias positivas y materiales, que al final de todas sus conclusiones llegaban fatalmente a la negación de Dios. ¡Ah, si toda la nación les imitase! Para vivir santamente bastaba con la sabiduría de los sacerdotes y la ignorancia popular, que proporciona una beatífica tranquilidad” [52].

“Terminó la guerra [52]. Mariano el campanero, [con] sus tres años de campaña por la religión y un balazo que había recibido en una pierna, casi podía compararse con los mártires del cristianismo. Gabriel fue a la emigración. «Era un oficial y no podía jurar fidelidad a la dinastía intrusa», declaraba con arrogancia. Pero el verdadero motivo de que Luna no volviese a Toledo era que le gustaba seguir la corriente de los hechos, viendo nuevas tierras y cambiando costumbres. Regresar a la catedral era renunciar a la vida” [53].

“Vivió Luna más de un año en los acantonamientos de los emigrados. En los momentos de penuria le salvaba su amistad con una condesa vieja y legitimista que le invitaba a pasar con ella algunos días en su castillo” [53].

A Gabriel “le asombraban el progreso material, los refinamientos de la civilización, la cultura y el bienestar de las gentes en la tierra francesa. Recordaba ahora con vergüenza aquella prosopopeya castellana, mantenida por mentirosas lecturas, que le hacían creer que España era el primer país del mundo, el pueblo más valiente y más noble, y las demás naciones una especie de rebaños tristes creados por Dios para ser víctimas de la herejía. [En París], “el barrio de San Sulpicio, con sus calles a la española y sus beatas de velo negro, fue para el seminarista español lo que el camino de Damasco para el apóstol¹⁴. El catolicismo francés, culto, razonador y respetuoso con los progresos humanos, aturdió a Gabriel. Y el antiguo seminarista, que despreciaba el progreso humano desde niño, quedó estupefacto viendo con qué solemnidad hablaba de él el catolicismo francés. Es más, hasta notaba cierto encogimiento humilde en los representantes de la religión cuando se encaraban con la ciencia. Libros enteros de sacerdotes ilustres estaban dedicados a ajustar y amoldar, aun a riesgo de violentarlas, las revelaciones de los libros santos con los descubrimientos de la ciencia” [54/55].

“Quiso [Gabriel] conocer el misterioso perfume de aquella ciencia odiada. Deseó saber por qué [se explicaba] por épocas geológicas la creación que Dios había realizado en seis días; a qué obedecía el miedo instintivo de los autores religiosos a afirmar rotundamente los milagros, sin atreverse a sostener como prueba decisiva la indiscutibilidad del prodigio sobrenatural” [56].

Gabriel empezó a trabajar corrigiendo pruebas en latín y en griego. “Vivía en un hotelito de estudiantes, y sus discusiones vehementes con sus compañeros de hospedaje le instruían tanto como los libros de la odiada ciencia. De vez en cuando se permitía acompañar a sus amigos en alguna escapatoria, sumiéndose en la vida alegre y amorosa del barrio, y tuvo sus idilios de una tarde de domingo en los bosques inmediatos a París” [56].

¹⁴ Alusión al episodio frecuentemente llevado a la pintura como *La conversión de san Pablo*. En los tiempos de la persecución del cristianismo por los romanos, Saulo de Tarso viajó hasta Damasco con intención de castigar a todos los cristianos que encontrase. Durante el viaje, un resplandor lo hizo caer del caballo mientras escuchaba la voz de Cristo recriminándole por su conducta. Deslumbrado, Saulo se convirtió en el apóstol Pablo (Hechos de los apóstoles, 9:5/20 y 22:6/16). Desde entonces, la expresión *camino de Damasco* es sinónimo de conversión a la fe cristiana.

“La verdadera Historia abatió gran parte de sus creencias. Las religiones fueron para él invenciones humanas [56]. Su fe en el catolicismo como religión única desapareció completamente. En este periodo de su evolución intelectual, Gabriel tuvo un ídolo. Era Ernesto Renán¹⁵ [57]. El seminarista español se indignaba contra su antigua fe. Luna no vacilaba: la Ciencia ocuparía el hueco de la Religión, muerta para siempre. De sus antiguas creencias, solo conservaba la idea de Dios Creador con cierto escrúpulo supersticioso” [58].

A Gabriel lo desconcertó saber que un cielo “por el que en otro tiempo revoloteaban las legiones de ángeles se poblaba de pronto de millones de mundos. ¿Dónde estaba en ese infinito el Dios que fabricaba a Tierra en seis días y hacía surgir de la nada el sol? Los estudiantes amigos de Gabriel pusieron en sus manos los libros de Darwin, de Büchner y de Haeckel; y el secreto de la creación natural se desgarró ante sus ojos” [59].

“Luna se despidió de Dios como de un fantasma consolador que se interpone entre el hombre y la Naturaleza. La sociología revolucionaria se apoderó de él. Primero fue Proudhon¹⁶; después, viejos soldados de la Comuna, con ellos fue a las reuniones del anarquismo y las palabras del difunto Miguel Bakounine¹⁷ llegaron a él como el evangelio de un San Pablo del porvenir. Luna se indignaba contra la injusticia social que condena a la miseria a muchos millones de seres para la felicidad de unos miles de privilegiados. La autoridad era para él el mayor de los enemigos” [60].

“El ardor del proselitismo le hizo abandonar París. Veíase molestado por la vigilancia de la policía francesa. En Londres conoció a una inglesa joven, enferma, movida como él por el ardor de la propaganda revolucionaria. Lucy fue la compañera de Gabriel. Se amaron sin arrebatos, con una pasión fría y calmada, más por la comunidad de ideas que por la instintiva aproximación del sexo; un amor de revolucionarios” [61].

“Luna y su compañera pasaron a Holanda y a Bélgica y se instalaron después en Alemania. A los ocho años de esta vida [Lucy] murió tísica. Estaban en Italia. Luna olvidó sus entusiasmos revolucionarios para llorar a Lucy, lamentándose del vacío que dejaba en su existencia. No la había amado como aman los demás hombres, pero era su compañera, su hermana; se compenetraban los dos en gustos y aficiones; la miseria en común los había fundido en una sola voluntad. Además, Gabriel sentíase aviejado. En varios sitios de Europa le habían encarcelado. La policía le había golpeado muchas veces” [61].

“Gabriel no pudo resistir la soledad en tierra extraña. Con repentino impulso, como si temiese morir lejos del suelo natal, volvió a España [...] envejecido antes de los cuarenta años. Esteban, *el Vara de palo*, le acogió con la misma admiración que cuando estaba en el Seminario, [pero] la iglesia le pareció una gran ruina. Viendo las ceremonias del culto, sentía deseos de gritar a sacerdotes y acólitos que se retirasen, pues su tiempo había pasado, la fe había muerto y únicamente por rutina y por miedo a la opinión ajena volvía la gente a aquellos lugares” [62/63].

“Gabriel dejó Toledo. En Barcelona, su vida volvió a ser “un torbellino de proselitismo, de luchas y de persecuciones. No se celebraba mitin sin el compañero Luna [que enardecía] a la muchedumbre desarrapada, hambrienta y miserable. Cuando

¹⁵ Ernest Renan, escritor, filólogo, filósofo, arqueólogo e historiador francés (Tréguier, 1823-París, 1892). Habiendo recibido las órdenes menores, renunció al sacerdocio. Entre 1863 y 1881 publicó los siete volúmenes de su *Historia de los orígenes del cristianismo*, en la que revisaba el Nuevo Testamento libre de hechos sobrenaturales. En 1890 publicó *Porvenir de la ciencia*.

¹⁶ Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), filósofo y político revolucionario francés. Fue uno de los padres del anarquismo junto a Bakunin, Kropotkin, Cafiero y Malatesta.

¹⁷ Mijail Bakunin (1814-1876), revolucionario anarquista ruso.

estallaron bombas en las calles, el compañero Luna fue el primer sorprendido y el primero también en entrar en la cárcel. En el silencio de la noche, Gabriel veía iluminarse su mazmorra; hombres con uniforme le empujaban por la escalera hasta una habitación donde le aguardaban otros con enormes garrotes [...] Un pan y unos trozos de bacalao seco eran su comida. Una sed infernal le desgarraba las entrañas, le orpimía la garganta y hacía arder su boca [64]. Paseaba la lengua por las paredes mugrientas sintiendo cierto alivio al contacto de la cal. La privación y el encierro perturbaban su inteligencia con horribles delirios. Muchas veces, Gabriel se sorprendía viéndose a cuatro patas, gruñendo y ladrando frente a la puerta sin saber por qué” [64-65].

“Después de año y medio de encierro, compareció ante el Consejo de guerra, confundido en un rebaño miserable de viejos, mujeres y hasta adolescentes, enflaquecidos y quebrantados por la prisión. Al llegar el fiscal en la larga lista de acusación al nombre de Luna, detúvose un instante para lanzarle una mirada feroz. Aparecía en las declaraciones de los testigos sin intervención directa en los hechos de fuerza, pero no había que olvidar que era uno de los principales propagandista del anarquismo” [65].

“Cuando salió, después de dos años, del tétrico castillo [de Montjuic], fue para embarcarse con todos sus compañeros de emigración forzosa. Los más violentos hablaban al desembarcar en Inglaterra de futuras venganzas contra los verdugos, mientras Gabriel pedía perdón para ellos, ciegos instrumentos empleados por la sociedad en un momento de terror. El clima de Londres extremaba la enfermedad de Gabriel, y a los dos años tuvo que trasladarse al continente, a pesar de que el país británico, con su absoluta libertad, era el único suelo donde podía vivir tranquilo e ignorado”. Vuelta a las persecuciones, encarcelamientos y expulsiones. “La enfermedad y el deseo de paz le hicieron volver a España [66]. Enfermo y sin un oficio para ganarse la vida, Gabriel cayó en la miseria. Pensó en su hermano, el único afecto que le restaba en el mundo”. Y volvió a Toledo, a la catedral” [67].

IV

”Don Antolín, el *Vara de plata*, ejercía autoridad a modo de gobernador de la catedral, pues a sus órdenes estaban los servidores laicos y bajo su inspección se hacían todos los trabajos de escasa importancia. Abajo, en el templo, vigilaba a sacristanes y acólitos. Arriba, en el claustro, velaba por el buen orden y las sanas costumbres de las familias, siendo una especie de alcalde de aquel pequeño pueblo. En las grandes fiestas marchaba al frente del cabildo con capa pluvial y un enorme bastón de plata tan alto como él, que hacía retumbar las losas con sus golpes” [69].

“A nacer en la buena época del catolicismo, habría llegado a santo o habría desempeñado un excelente papel en la Inquisición. Sus vicios eran puramente de eclesiástico. Ahorraba en secreto, con esa avaricia fría y dominadora de la gente de iglesia en todos los tiempos. Dedicaba [sus ahorros] a la usura; préstamos a los pobres servidores del templo agobiados por la miseria y que recobraba con creces. Vivía con él su sobrina Mariquita, una fea, de facciones hombrunas y frescas carnes [que] ponía ojos tiernos todos los hombres. Los pantalones la volvían loca en aquella casa donde la mayor parte de los hombres llevaban faldas” [70/71].

“Gabriel temía al *Vara de plata*, conociendo su fanatismo intolerante” [72]. El *Vara de plata* había introducido en la catedral la cobranza por ver “el Tesoro, la capilla de la Virgen, el Ocho con sus reliquias, las sacristías, el guardarropa, las capillas de don Álvaro de Luna y del cardenal Albornoz, la Sala Capitular, los gigantones y las campanas” [73]. “—Gracias a las papeletas puede ir tirando la catedral [porque] somos más pobres que las ratas” [74].

Don Antolín recuerda los privilegios concedidos en el pasado a la catedral por Alfonso VI, VII y VIII, don Rodrigo, don Lope de Haro y don Alfonso Tello de Meneses. “—Hemos sido poderosos. La catedral tenía propiedades en la tierra, en el aire y en el mar. Nuestros dominios se extendían por toda la nación y no había provincia donde no poseyésemos algo. Todo pagaba a la catedral: el pan al cocerse en el horno, el pez al caer en la red, el trigo al pasar por la muela, la moneda al saltar del troquel, el viandante al seguir su camino. ¡Qué tiempos aquellos! Había fe” [76/77].

Después de escuchar al *Vara de plata*, Gabriel subía al camaranchón del maestro de capilla, para quien Beethoven “es un dios” [78/83].

Presentación de Tomasa, tía de Gabriel, descreída de los clérigos: “Yo creo en la Virgen del Sagrario y un poquito en Dios; ¿pero en estos señores? Todos son hombres. Todos pecadores y con mucho que responder ante Dios”. Tomasa cuenta la historia de Sagrario, su sobrina, prima de Gabriel, que se fue a Madrid detrás de un cadete que la abandonó y anda por allí enferma y deshonrada. Gabriel decide traerla a las Claverías [84].

V

En la Primada, “si se hablaba del arzobispo anterior, aquella gente, habituada a la murmuración como todos los que viven en cierto aislamiento soltaba la lengua comentando su historia y sus defectos. A prelado muerto no había que temerle. Pero si en la conversación surgía el nombre de Su Eminencia reinante, todos callaban. En la Primada no se decía la verdad sobre los prelados hasta que la muerte se apoderaba de ellos” [93].

“En torno de Gabriel se había formado un grupo de amigos. El objeto de la tertulia era oír a Gabriel. Sus amigos deseaban saber cosas de aquellas tierras que había corrido [94]. Los esplendores e la civilización moderna les conmovían más sinceramente que las bellezas del cielo descritas en los sermones” [95].

El Tato enseña a Gabriel “las cosas «alegres»” de la catedral. “La Virgen de la Estrella [es una] imagen de mujer hermosa y sensual, con sonrisa mundana, el cuerpo inclinado, la cadera saliente y en los ojos una expresión de alegría retozona, como si fuese a bailar [96]. En el testero exterior del coro corre una faja de relieves antiguos representando escenas de la Creación. En los primeros medallones, Adán y Eva van desnudos como gusanos. En el quinto medallón, Eva estaba caída entre los árboles, con sus ropas en desorden, y Adán sobre ella, con un gesto de locura sexual, la cogía los brazos para dominarla y pegaba la boca a su pecho con tal avidez que lo mismo podía besar que morder” [97/98].

En las vidrieras puede verse una historia propia de don Juan Tenorio. “Un señor con capa roja y espada sube por una escalera de cuerda. En la ventana le espera una monja. Más allá, esos dos que están en la cama y gente que llama a la puerta. Deben ser los mismos pájaros y la familia que los sorprende. Y en la otra vidriera, gachós en pelota [y] prójimas sin más vestidura que la mata de celo” [98].

“Le interesaban los salientes que separan los asientos y sirven para reclinar la cabeza, cubiertos de animales y seres grotescos: perros, monos, aves, frailes y pajecillos, todos en posturas difíciles, rarísimas y obscenas. Cerdos y ranas se acoplaban en monstruosos ayuntamientos [y pajecillos] hundían la cabeza en la cruz de las calzas del compañero. Era un mundo de caricaturas de la lujuria en el que asomaba la pasión carnal con la mueca de la animalidad más grotesca” [99].

Deja Blasco las picardías del Tato para atender los lamentos del maestro de capilla. Sirviéndose de este erudito musical, el autor expone su propio criterio componiendo un ladrillo.

“Todos los libros [del archivo de música] tienen páginas arrancadas. La vieja música duerme bajo el polvo. Los señores canónigos no la quieren. No la entienden. Les basta con cualquier pedazo rossiniano. Tras esa pared del San Cristóbal duermen mutilados, con mortaja de polvo, los grandes músicos españoles, ahí está Cristóbal Morales, que hace tres siglos fue maestro de capilla de esta catedral y veinte años antes que Palestrina comenzó la reforma de la música. Ahí Victoria... ¿lo conoce usted? Otro de la misma época. Los contemporáneos, envidiosos, le llamaban «el mono de Palestrina»; pero crea usted que en vez de plagiar al italiano tal vez lo superó. Aquí está Rivera, el maestro toledano del que nadie se acuerda; y Romero de Ávila; y Ramos de Pareja, un músico nada menos que del siglo XV, que escribió en Bolonia su libro *De música Tractatus*, y destruyó el sistema anticuado de Guido de Arezzo; y el monje Ureña, que añade la nota *si* a la escala; y Javier García, que en el siglo pasado reformaba la música, encaminándola hacia Italia (¡Dios le perdone!); y Nebra, el gran organista de Carlos III. Al escribir el *Réquiem* para los funerales de doña Bárbara de Braganza, presintiendo la extrañeza de instrumentistas y cantantes ante su música revolucionaria, puso en el margen de las *particellas*, «Se advierte de que este papel no está equivocado». Su *Letanía* fue tan célebre que estaba prohibido copiarla, bajo pena de excomunión. La Iglesia ha sido siempre poco amante de la música” [100/101].

Continúa el maestro de capilla lamentando los orígenes de la música cristiana: “El cristianismo no inventó ni una mala melopea. Toma a los judíos sus cánticos y el modo de cantarlos: una música primitiva y bárbara. San Gregorio publicó en el siglo VI su *Antifonario*, un centón de todas las melodías litúrgicas, purificándolas según su criterio¹⁸. A juzgar por los fragmentos que quedan, sería un canto como el de los moros o los chinos. El arpa era el instrumento del templo hasta que apareció el órgano en el siglo X, un instrumento tosco y bárbaro al que le daban aire con odres hinchados. Guido de Arezzo hizo un arreglo sobre la base del centón y eso bastó para que le colgasen la invención del pentagrama¹⁹ [102] Fue preciso, para que la música se purificara dentro del templo, que comenzase el gran movimiento musical en el mundo profano con el italiano Monteverdi, con el francés Rameau y los alemanes Sebastián Bach y Haendel. ¡Qué época grandiosa! ¡Qué tíos los que vienen detrás, Gluck, Haydn, Mozart, Mehul, Boildieu, y sobre todos, nuestro buen amigo Beethoven! En España estábamos saturados de género italiano, y la música alemana y la francesa no llegaron a nosotros. Después del *Stábat mater* de Rossini, nos dimos tal atracón de melodía teatral, que no nos han quedado ganas de gustar un nuevo plato” [102/105].

Los jesuitas, con su astucia, adivinaron que había que dar al culto una atracción teatral, mezclar la liturgia con la opereta, y por eso sus iglesias se ven llenas, mientras las viejas catedrales suenan a hueco como tumbas. Esto es una abdicación de la Iglesia, un reconocimiento de que su antigua liturgia es impotente para conmover al pueblo, y que ha muerto ya” [105].

Relato de las andanzas del prelado y sus amores con doña Visitación” [111].

¹⁸ Gregorio Magno (Roma 540-604). También conocido como San Gregorio. Fue uno de los cuatro grandes Padres de la Iglesia de Occidente. Encargó la primera recopilación de cánticos cristianos: el *Antifonario*. En su honor, a esta música se la conoce como *canto gregoriano*.

¹⁹ Guido d'Arezzo (Arezzo, 991-1059). Teórico musical al que se atribuye la invención del pentagrama y la escala diatónica con las notas *ut, re, mi, fa, sol, la* (hasta entonces se llamaban A, B, C...). O sea, el solfeo. Los nombres aportados por Arezzo corresponden a la primera sílaba de cada verso del himno a San Juan Bautista *Ut queant laxis*. Esta escala compuesta de seis notas se perfeccionó con la adición de una séptima, *Si*, cuyo nombre corresponde a *Sancte Iohannes*. En 1640, Giovanni Battista Doni consideró que el nombre de la nota *Ut* no era cómodo para cantar y lo cambió por el de *Do*, primera sílaba de su apellido.

“El constante velar por el enfermo había trastornado la vida económica de Esteban. Su mezquino sueldo apenas si bastaba para aquella boca que consumía más que todos los de la casa juntos. Gabriel adivinaba las privaciones a que se sometía el hermano, y quería contribuir a los gastos de la casa. Pero todas las plazas estaban ocupadas” [113]. En vísperas de Semana Santa, Gabriel trabaja en la preparación del “famoso Monumento entre el trascoro y la puerta del Perdón” [114].

Tomasa comunica a Gabriel que ha rescatado a su sobrina Sagrario. “Gabriel no la hubiera reconocido nunca. Todo revelaba en ella la miseria y el desaliento” [115]. “—¡Ay, Gabriel, hijo mío! ¡En qué lugar estaba esa pobre chica. De todo he necesitado, hasta de dinero, para sacar a esta infeliz de las garras del diablo” [116].

Gabriel trata de convencer a su hermano Esteban de que acoja a su hija: “—Tú crees que la familia es una obra de Dios, una institución de origen sobrenatural, y yo creo que es una institución humana, basada en las necesidades de la especie. Tú eres el honor castellano, aquel honor tradicional y bárbaro, más cruel y funesto que la misma deshonra; un honor teatral cuyos impulsos no arrancan de los sentimientos humanos, sino del miedo al qué dirán. Para la esposa adúltera, la muerte; para la hija fugitiva, el desprecio; ese es vuestro evangelio. Yo tengo otro: para la esposa que olvida sus deberes, el desprecio; y para el pedazo de nuestras entrañas que huye, el amor, el apoyo, la dulzura, hasta lograr que vuelva a nosotros” [118].

“—Esa vida eterna del alma, promesa de todas las religiones, solo es una verdad por los hijos. El alma muere con el cuerpo, no es más que una manifestación de nuestro pensamiento, y el pensamiento es una función cerebral; pero los hijos perpetúan nuestro ser a través de las generaciones y los siglos; ellos son los que nos hacen inmortales [120]. Hermano, cada uno tiene su moral: la tuya es la enseñada por los curas; la mía me la he creado yo mismo. y en nombre de mi moral, yo te digo: o tu hija viene, o yo me voy” [122].

Después de esta amenaza, Gabriel abre la puerta del cuarto de Sagrario. “A la vista de aquella ruina, el padre sintió que se venía abajo su coraje. Sus ojos expresaron una tristeza inmensa. Retrocedió de espaldas seguido por la joven, que avanzaba de rodillas tendiéndole las manos” [124]. Esteban admite que se quede, pero decide no verla. “El *Vara de palo* pasaba por su casa como una sombra. Comía con la cabeza baja y huía una vez terminada la comida para no volver a casa hasta la noche [125]. La curiosidad solo turbó la calma de las Claverías durante una semana. Poco a poco, las mujeres dejaron de asomarse a la puerta de los Luna para ver a Sagrario inclinada ante la máquina [de coser], y la muchacha siguió su vida laboriosa y triste. Gabriel pasaba los días enteros al lado de la joven. Le dolía que se viese en su propia casa tan despreciada y sola como en el mundo” [126].

VI

Gabriel diserta sobre el trabajo: “—El trabajo es una necesidad dolorosa para la conservación de la vida, pero no una virtud, pues el reposo y la dulce inactividad son más gratos al hombre y a todos los animales que el movimiento y la fatiga. El trabajo debe reputarse como un mal indispensable para la existencia, pero mal al fin. Si la ociosidad es un vicio en los pobres, ¿por qué aparece entre los ricos como un signo de distinción y hasta de elevación de espíritu? ¿Si el trabajo es la mayor de las virtudes, ¿por qué se afanan los capitalistas en amontonar riquezas para librarse ellos y librar a sus descendientes de la práctica de tal virtud? ” [130].

“Se miraban con asombro los oyentes, cual si les deslumbraran estas palabras [131]. La fama de Gabriel se difundía entre el personal humilde del templo” [132].

“El *Vara de plata* elogia los tiempos de Felipe II y los Reyes Católicos. Gabriel replica: “La historia es una mentira: para saberla tan mal, mejor sería ignorarla” [136].

Es evidente la admiración de Blasco por los árabes, expuesta por boca de Gabriel: “La regeneración no llegó a España por el Norte, con las hordas de bárbaros; se presentó por la parte meridional, con los árabes invasores. El instinto de la nacionalidad cristiana revolviéndose contra los invasores era una mentira. La España de entonces recibió con agrado a las gentes que venían de África: los pueblos se entregaban sin resistencia. Era una expedición civilizadora, más bien que una conquista. Por [el Estrecho] pasaba aquella cultura joven y vigorosa, de rápido y asombroso crecimiento: una civilización creada por el entusiasmo religioso del Profeta, que se había asimilado lo mejor del judaísmo y la cultura bizantina, llevando además consigo la gran tradición india, los restos de la Persia y mucho de la misteriosa China. Era el Oriente que entraba en Europa por la España, esclava de reyes-teólogos y obispos belicosos, que recibía con los brazos abiertos a los invasores” [137/138].

“El principio de la libertad religiosa, eterno cimiento de las grandes nacionalidades, iba con ellos. En las ciudades dominadas, aceptaban la iglesia del cristiano y la sinagoga del judío. Del siglo VIII al XV se fundaba y se desarrollaba la más elevada y opulenta civilización de Europa en la Edad Media. Vivían confundidos cristianos y musulmanes, árabes puros, sirios, egipcios, mauritanos, judíos, dando lugar a los cruzamientos y misticismos de mozárabes, mudéjares, muladíes y hebraizantes. Y en esta fecunda amalgama de pueblos y razas, entraban todas las ideas, costumbres y descubrimientos conocidos hasta entonces; todas las artes, ciencias, industrias, inventos y cultivos de las antiguas civilizaciones. Con ellos también la numeración decimal, el álgebra, la alquimia, la química, la medicina, la cosmología y la poesía rimada” [138].

“Mientras en la Europa bárbara el pueblo vivía en chozas y los reyes anidaban en castillos de roca ennegrecida, comidos por parásitos, vestidos de estameña y alimentados como los hombres prehistóricos, los árabes españoles levantaban sus fantásticos alcázares y reuníanse en los baños para conversar sobre cuestiones científicas y literarias. Si algún monje del Norte sentía la comezón del saber, venía a las universidades árabes o a las sinagogas judías de España, y los reyes de Europa se creían salvos en sus enfermedades si podían proporcionarse un médico hispánico [...] Un régimen de libertad impera en los Estados cristianos. Surgen las Cortes mucho antes que en los países septentrionales de Europa. Los municipios son pequeñas repúblicas, con sus magistrados electivos. Las milicias ciudadanas realizan el ideal del ejército democrático. La Iglesia, compactada con el pueblo, vive en paz con las otras religiones del país, una burguesía inteligente crea en el interior poderosas industrias y arma en las costas la primera marina de la época; poblaciones enteras eran inmensas fábricas de tejidos; se cultivaba todo el suelo de la Península. Los Reyes Católicos marcaron el apogeo de las fuerzas nacionales y el principio de su decadencia. Su reinado fue execrable porque su política torció los derroteros de España, impulsándonos al fanatismo religioso y a las ambiciones de un cesarismo universal. El Renacimiento fue más español que italiano. No todo el Renacimiento fue literario. El Renacimiento representa el surgir a la vida de una sociedad nueva, con cultivos, industrias, ejércitos, conocimientos científicos, etc.” [139].

“¿Y esto quién lo hizo sino aquella España árabe-hebreo-cristiana de los Reyes Católicos? Pero antes de morir los Reyes Católicos ya empieza la decadencia al descuartizarse la España árabe, cristiana y hebrea. Establece la Inquisición doña Isabel, con su fanatismo de hembra [y] es llegada la hora de rezar más que de leer. El pensamiento español se refugia en la sombra y acaba por morir. Lo que resta de él se dedica a la poesía, a la comedia, a los escarceos teológicos. La ciencia es un camino que conduce a la hoguera” [140].

Con la expulsión de los judíos y el reinado de los Austrias, “España pierde para siempre su carácter y muere. España es una sierva del germanismo [141]. Desaparecen los municipios libres; sus defensores suben al cadalso en Castilla y en Valencia. Las milicias ciudadanas se transforman en tercios que se batían en toda Europa sin saber por qué; sueñan los pobres con hacerse ricos en el saqueo de una ciudad enemiga, y abandonan el trabajo [...] Felipe II no tenía otro catolicismo que el suyo. Si no rompió con el Pontificado fue porque, temiendo este que los soldados de España, que habían entrado dos veces en Roma, se quedasen en ella para siempre, se allanaba a todas sus imposiciones” [142].

“El fraile alemán, con su intransigencia provocaba la revolución de la Reforma en los países del Norte, y arrojado de ellos, venía aquí a renovar su incultura y su fanatismo” [143]. «Mejor quiero reinar sobre cadáveres que sobre herejes», decía Felipe II. Solo hubo nobles, orgullosos de ser criados de los reyes, y un populacho que pedía pan y espectáculos, contentándose con la sopa de los conventos y las quemadas de herejes organizadas por la Inquisición” [144].

“Los hombres de letras refugiábanse aterrados en la amena literatura, como último albergue del pensamiento. Limitábanse a producir novelas picarescas o comedias en las que se ensalzaba un honor fiero que solo existía en la imaginación de los poetas. Quevedo, que era el más audaz, se limitaba a decir: «Con la Inquisición... ¡Chitón!», triste epitafio del pensamiento español. Para [subsistir] los poetas buscaban la sombra de la Iglesia y se cubrían con sus hábitos. Lope de Vega, Calderón, Moreto, Tirso de Molina y otros eran sacerdotes, muchos de ellos después de una vida borrascosa. Hasta el pobre Cervantes, en la vejez, hubo de tomar el hábito de San Francisco” [145].

“España tenía once mil conventos con más de cien mil frailes y cuarenta mil monjas, y a esto había que añadir ciento sesenta y ocho mil sacerdotes y los innumerables servidores dependientes de la Iglesia, como alguaciles, carceleros y escribanos del Santo Oficio, sacristanes, mayordomos, buleros, santeros, ermitaños, demandadores, seises, cantores, legos, novicios... En cambio, la nación, desde treinta millones de habitantes, había bajado a siete millones en poco más de dos siglos. Las expulsiones de judíos y moriscos por la intolerancia religiosa; la Inquisición con el miedo que inspiraba; las continuas guerras en el exterior; la emigración a América; el hambre, la falta de higiene, el abandono de los campos, habían realizado esta rápida despoblación” [145].

A los que respondía don Antolín: “Por malos que fuesen esos tiempos no serían peores que los presentes. Cada uno se contentaba con su pobreza, pensando en el cielo, que es la única verdad” [145].

Gabriel sigue: “El oro de América iba a parar a los bolsillos de los holandeses [...] Los reyes estaban aconsejados por clérigos hasta en asuntos de guerra. La incultura era atroz. En la Universidad de Salamanca, el poeta Torres de Villarroel no encontraba ni una sola obra de geografía y cuando hablaba de matemáticas, los discípulos le decían que era ciencia del diablo” [146].

En las páginas siguientes, sigue explicando la destrucción de la industria en ese periodo. “Los españoles, pensando siempre en el cielo, acababan por acostumbrarse a la miseria de la tierra” [148].

“El anticlericalismo era el único remedio para tanta ruina, y este espíritu vino con los colonizadores extranjeros [: los Borbones]. Europa estaba regida por reyes filósofos, y Carlos III era uno de ellos. Para civilizar a España, solo tuvo que meter mano a la Iglesia. Pero el gran mal del sistema monárquico es la herencia. Un hombre de buen sentido y rectas intenciones puede engendrar un imbécil: tras Carlos III reinó Carlos IV, y por si esto no fuese suficiente, estalló la Revolución francesa, con sus audacias. A los Borbones de España se les fue la cabeza para no

recobrarla ya más, abrazándose de nuevo a la Iglesia como única salvación ante el peligro revolucionario. Jesuitas, frailes y obispos tornaron a ser los consejeros de palacio, y aún lo son para civilizar a España, solo tuvo que meter mano a la Iglesia” [149-150].

“Los españoles tienen médula de esclavo. Viven en una indiferencia interior, no por reflexión científica, sino por debilidad de pensamiento. Es el hombre que más practica la religión y menos piensa en ella. La fe ha muerto, pero queda el cadáver. La Inquisición aún vive entre nosotros; no tememos a la hoguera, pero nos causa pavor el «qué dirán». La sociedad estacionada y refractaria a toda innovación es el Santo Oficio moderno. El que desentona, saliéndose de la general y monótona vulgaridad, se atiene a las iras sordas de la gran masa escandalizada” [151].

Si sorprende que Gabriel Luna diserte en estos términos nada menos que en la catedral Primada, aún más asombra que “don Antolín reía escuchando esto” [151].